

41.3  
N

# SANTA MARÍA DE HUERTA

(HISTORIA Y DESCRIPCIÓN)

POR

J. C. G.



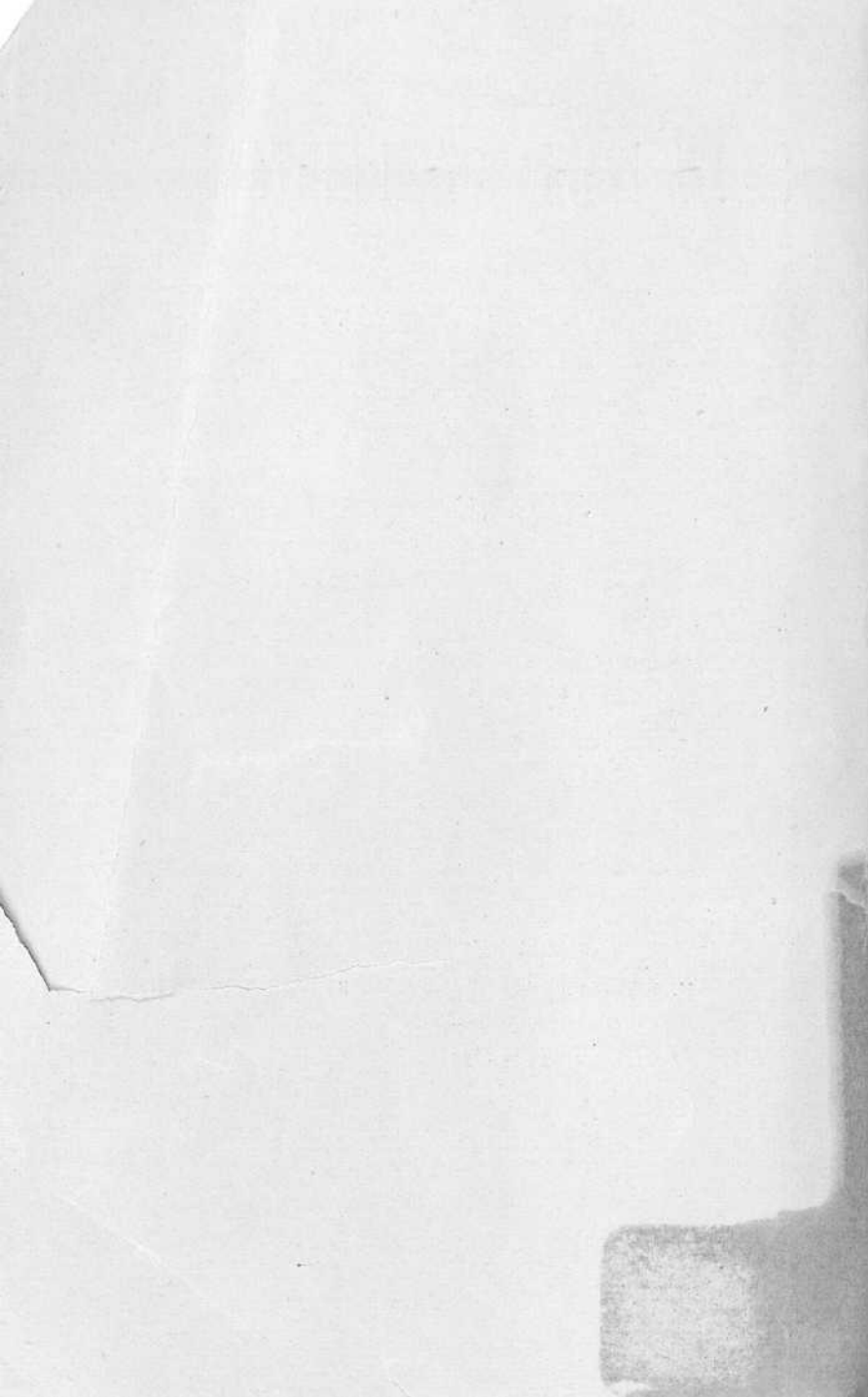
MADRID

M. MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR

Miguel Servet, 13—Teléfono 651

1.º Julio 1891





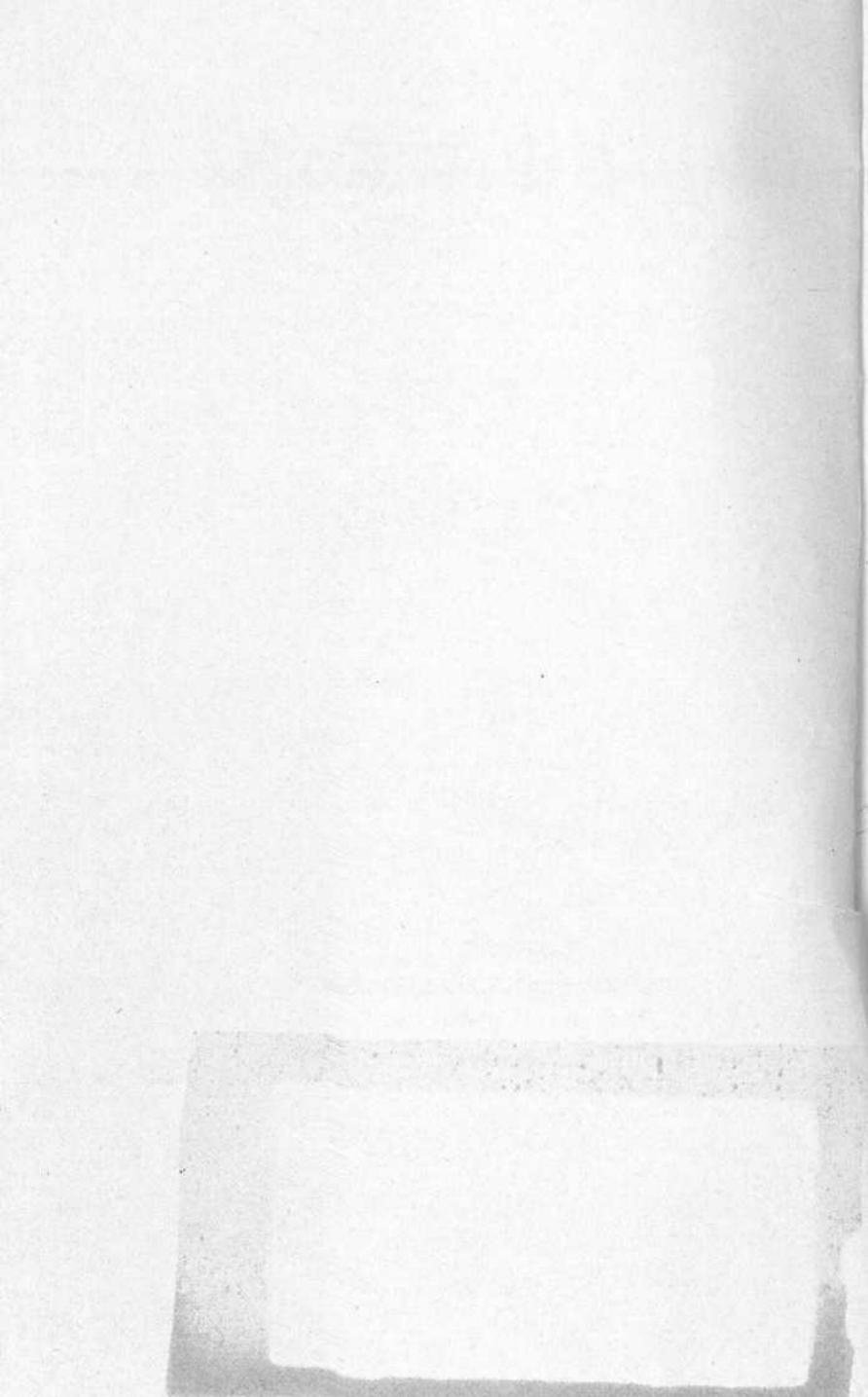
SANTA MARÍA DE HUERTA

B.P. de Soria



1079965

SS-F Z-2-37



R. 339 53

# SANTA MARÍA DE HUERTA

(*HISTORIA Y DESCRIPCIÓN*)

POR

J. C. G.



MADRID

M. MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR

Miguel Servet, 13—Teléfono 651

1.º Julio 1891



AL SEÑOR

D. Antonio María del Valle y Serrano,

MARQUÉS DE VILLA-HUERTA

*Testimonio de una cariñosa amistad,  
que nació en las aulas, y que el tiempo ha  
sazonado y fortalecido.*





# SANTA MARÍA DE HUERTA



## I

Este nombre, que pertenece hoy á una modesta villa de la margen derecha del Jalón, en la misma linde histórica que separa los reinos de Aragón y de Castilla; este nombre, decimos, va tan unido al respetable y popular de los Marqueses de Cerralbo, que seguramente no será desconocido de ninguno de nuestros lectores. Poseen aquéllos, en efecto, en dicho lugar un hermoso palacio-castillo, donde con gallarda generosidad reciben á sus íntimos, y donde, lo que es mejor, ejercitan su cristiana piedad en provecho moral y material de las pobres gentes de la comarca, por quienes son bendecidos de continuo. Las hermosas

propiedades territoriales que en aquel rincón poseen los Marqueses; los beneficios que su hijo, el Sr. D. Antonio María del Valle, ha hecho á la agricultura, á la instrucción y á todo género de necesidades, lo cual da nobilísimo realce al título de Marqués de Villa-Huerta que lleva; los amenos y amplios jardines; la copiosa yeguada; los áridos campos convertidos en praderas, y la ilustre alcurnia de los aristocráticos dueños de aquellas fincas, han hecho conocidísimo de muchas gentes el nombre de Santa María de Huerta.

Pero no es sólo por esto, aun siendo motivos bastantes los enumerados, por lo que Huerta debe ser estimado de nuestros amigos, algunos de los que ignoren acaso que en aquel lugar existió uno de los monasterios más insignes de la Orden cisterciense, que tan fecunda fué en hombres gloriosos y en las casas donde se criaron para honra de nuestra fe, bien de los pueblos y de los Reyes y esplendor de nuestra historia. A decir algo de lo que fué este monasterio y á recordar algunos de los sucesos más notables que con él tuvieron relación se enderezan estas noticias, para las cuales pedimos la benévola indulgencia del lector.

Porque si la historia es para todos maestra provechosísima, para nosotros es además deleitosa recreación cuando refiere las memorables acciones de los Reyes y de los hombres que, en más felices edades, servían á Dios y á la patria con entusiasmo y nunca domada entereza.

Puesto el monasterio de Huerta en el camino de Castilla y Aragón, y aun en la misma frontera de ambas regiones, siendo de este modo vecino secular de esa gran vía histórica que desde la época romana siguió aguas arriba las márgenes del Henares, hasta doblar la alta línea divisoria, desde cuya cima, sobre el moderno túnel de Horna, se despeñan los dos sutiles filetes de agua que, andando, andando, forman en opuesta carrera el Henares y el Jalón, vía que al otro lado de las cumbres avanza al NE. por la cuenca de dicho río para llegar á Zaragoza; fundado el mismo monasterio en una época tan lejana de nosotros, como hemos de ver; enriquecido con las mercedes de Monarcas insignes y de Prelados y magnates gloriosos, y siendo también morada de una Orden religiosa excelentísima y de singular prestigio en la Edad Media, forzosamente ha de tener una

historia de interés notorio y digna de ser conocida. Cierto que no tratamos de presentarla aquí tan por extenso como merece; pero al menos daremos de ella algunos datos curiosos, como homenaje á la dulce memoria de otros tiempos y otros hombres, y como pasto á la ilustrada curiosidad de quien leyere.

## II

El camino de hierro sigue desde Alcalá hasta el túnel de Horna, casi sin separarse de una ú otra margen, la dirección del Henares, aunque en sentido contrario, como si buscase su fuente original. El viajero apenas halla dónde deleitar los ojos si no es en las peladas cumbres de los cerros de sedimento que por la derecha forman desde los Santos de la Humosa el límite de la gran meseta de terrenos terciarios que se llama la Alcarria propia. Pero si la naturaleza no le ofrece paisajes encantadores ni enriscadas montañas, su espíritu puede hallar motivos de contemplación recordando las pasadas grandezas de Alcalá, la ciudad

de Cisneros, y de Guadalajara, la corte de los Mendozas. Una hora de camino más adelante y á la diestra mano puede descubrir, en las faldas de una áspera montaña de forma cónica, el arruinado caserío de Hita, que inmortalizó el famoso Arcipreste, y las dos torres de sus iglesias parroquiales, donde la mano de los alarifes moriscos dejó huellas todavía visibles del arte mudéjar. Sobre el cono de ásperas faldas se advierten aún las informes ruinas del castillo donde el Rey D. Pedro, único de su nombre, guardó algún tiempo sus tesoros.

Apenas desaparece tras de la Muela de Alarilla la fugitiva visión de Hita, y en la misma confluencia del Sorbe con el Henares, se pasa un puente, cuyos cimientos descansan sobre los escombros de Peñahora, pueblo de la Edad Media, totalmente arrasado por el tiempo, excepto algunos murallones que dan fe cierta de su antigua existencia y fortaleza. Mas allá, apenas se sale de las agujas de la estación de Espinosa, se han abierto las trincheras de la vía sobre otras ruinas de mayor antigüedad que aquéllas, y que, según creemos, corresponden á la antigua mansión roma-

na de *Cæsada*, que nombra el Itinerario de Antonino Pío entre *Arriaca* (Guadalajara) y *Segontia* (Sigüenza). Los restos romanos que allí se encuentran, la medida en millas de la distancia entre los tres términos, las circunstancias del asiento de *Cæsada*, que convienen á su nombre, y otros datos que, explorando por nosotros mismos el terreno, hemos podido adquirir, nos autorizan á aceptar esta opinión, mejor que la por ningún motivo justificada de que dicha mansión corresponde á Hita.

Ya desde aquí ofrece el paisaje más agradable aspecto. El valle, por donde apareados corren la vía y el río, aunque á veces, y merced á los puentes de hierro, salta aquélla sobre éste, para tornar después al lado opuesto, se estrecha y retuerce desde que en las épocas geológicas el dedo de Dios trazó las sinuosidades de la corteza del globo. Sotos amenísimos ocultan las aguas del río y huertas bien cultivadas ofrecen todos los dones que el clima y la condición del suelo consienten, sobre todo en Jadraque, famoso por sus frutas regaladas y por aquel magnífico castillo, cuyos admirables muros, de blanca sillería caliza, labrados á costa y por orden del Gran Car-

denal Mendoza, todavía resisten el brutal ardor de sus destructores.

Por entre las colosales grietas de uno de los estribos rocosos de las montañas á que se acerca el viajero se desliza el camino de hierro, aprovechándose de la obra destructora que las aguas del río han labrado en aquel duro macizo, y pasados algunos desfiladeros llenos de encantos naturales, se llega á Sigüenza, tan famosa en nuestra historia religiosa y profana, vanguardia perenne de Castilla contra Aragón, poseedora de una de las catedrales más augustas de España y de aquel castillo, cien veces revuelto de muros adentro y en el que sería vana empresa buscar á la luz de la crítica las paredes del calabozo donde una Reina dolorida y mansísima, Doña Blanca de Borbón, lloró amargamente la fiereza de sus tristes destinos. Desde allí ya es áspera la subida, porque se ha entrado en las grandes escarpas donde la Sierra Pela se retuerce para formar la Sierra Ministra. Trabajosamente marchan los trenes, y á vista de ojos se ve menguar los caudales del Henares, que acaba por ser un miserable arroyuelo cuando las oscuridades del túnel de Horna sorprenden

al viajero, embriagado por la atmósfera luminosa y por el aire embalsamado y puro de las grandes alturas.

El túnel, como hemos dicho, está bajo la divisoria de las aguas que dan nacimiento al Henares por este lado y al del Jalón por el otro. Al salir de la oscura y larga cueva á que los adelantos de la ciencia han quitado sus naturales horrores, se ve á la mano siniestra el arranque de la vía férrea de Torralba á Soria, aún no acabada. Desde allí comienza el descenso. La devastación brutal de los montes y florestas ha hecho casi insignificantes y aun áridas estas montañas, que no miden menos de 1.200 metros sobre el nivel del mar, que estuvieron pobladas por una vegetación frondosísima y cuyas nieves se derriten á los primeros rayos del sol de Abril, privando al paisaje de majestad y grandeza. Sabiendo que está cerca la antigua Medinaceli, hay como prisa de acabar pronto aquella bajada tortuosa y de saludar los muros de la antigua y fortísima ciudad árabe. Allá arriba, tendida sobre la ancha y llana cumbre de una gruesa montaña, se la ve humillada por su postración actual y por el recuerdo de sus pasadas grandezas: como in-



signe monumento de lo que fué en tiempo de los romanos, desde el vagón divisa el viajero el tosco arco de Marcelo, obra que no parece hecha por el mismo fastuoso arte que en el Foro de Roma levantó los arcos triunfales de Tito y Septimio Severo, y en otras regiones los de Orange, Susa y Benevento.

Este curioso monumento inspiró la siguiente poesía del Sr. Marqués de Cerralbo, que con mucho gusto reproducimos:

AL ARCO ROMANO DE MEDINACELI

En la cortada cumbre de una sierra,  
En pobre pueblo que es de barda y barro,  
De su esquinada plaza el frente cierra  
De un arco antiguo el esplendor bizarro.

Raspados por el agua y por el viento,  
Ya han perdido la curva sus portales,  
Sus dibujos el ancho entablamento,  
De frisos y cornisas ni aun señales.

Rotos fustes, informes capiteles  
Y, en los muros, de honor fingirse creo  
De alerados morriones y broqueles  
Y extrañas armas singular trofeo.

Con tu aspecto, tu historia se ha perdido,  
Y hoy cuelgan de tus rotos artesones  
La golondrina su embarrado nido  
Y la hiedra sus verdes pabellones.

¡Y pensar que tal vez aquí á millares  
Se apiñaron los hombres en contorno  
Á escuadrar su entusiasmo tus sillares,  
Y su genio á esculpir tu rico adorno!

Y te dieron firmísima figura  
Porque eterna pregones su memoria,  
Y escuchaste al vencido su amargura  
Y al vencedor su grito de victoria.

Mas del tiempo el azote no te salva  
Tu ilustre origen, ni por ti haber visto  
Cruzar á los arévacos de Galba  
Y á los gloriosos mártires de Cristo.

Y ni una cifra, ni un emblema tienes  
Que me expliquen si viste en mis hermanos  
El triunfador laurel sobre las sienes,  
Ó la servil cadena entre las manos.

Si en nada acaba lo que en tanto empieza  
Y hoy mudo estás y solitario y triste,  
Juzgue la pequeñez de tu grandeza,  
Por lo poco que vales, lo que fuiste.

Medinaceli ha visto pasar todas las épocas de nuestra historia, y, no obstante su

vejez, aun permanece como testigo perdurable de las vicisitudes que ha padecido esta España, que la Providencia destinó á ser víctima de extrañas gentes y semillero de innúmeras naciones. Comenzó por ser celtibera, como la no lejana é invencible Numancia. Colonos romanos la habitaron después, los cuales erigieron el curioso arco aún enhiesto y que fué homenaje hecho á la fortuna del Cónsul Marcelo, según unos, recuerdo del paso de Galba, según otros. Los visigodos se aprovecharon de aquella fortaleza que guardaba los pasos de la España central, hasta que los árabes, aventándolos como si fueran cenizas, se asentaron en la antigua ciudad y la fortificaron á su sabor. Ha tenido nombres distintos, que la crítica no ha concertado todavía, y el que hoy posee es de notorio origen árabe.

Con haber padecido tanto en el transcurso de su larga existencia, desde que fué mansión celtibera hasta que el gusto moderno la va renovando, aun puede encontrar el curioso las señales de sus pasados esplendores en el famoso arco romano, en los cimientos de las murallas, en los aportillados muros del castillo, en la excelsa

colegiata, en los conventos y en el palacio de los Duques de Medinaceli.

Desde esta villa interesantísima, y bajando siempre el camino para buscar el nivel de los valles profundos, el espectador apenas advierte desde el vagón otra cosa que algún pueblecillo medio arruinado, los restos de una carretera que la civilización moderna ha hecho inservible, la corriente, cada vez más crecida, del Jalón, y los huertecillos, puestos en estrechos andenes, que la pesadumbre de las montañas ahoga, junto á las márgenes del río, personaje principal de aquellos paisajes, porque él señala las arrugas del terreno y él es lo único que en aquellas soledades anda y vive sin descanso ni tregua. Antes de llegar á Arcos, pueblo de escaso vecindario, que en la época romana se llamó Arcobriga, y en cuyo centro y sobre unos riscos se levantan los paredones rugosos y agrietados de un castillejo, se atraviesa una serie de desfiladeros temerosos, á que da nombre el lugarcillo de Somaen. Aquellos sitios son una maravilla geológica, que compensa el fastidio que puede ocasionar el tránsito por la campiña de Alcalá y por las áridas sierras. Pocos momentos de ma-

yor deleite gozará el viajero en todo el trayecto que existe desde Madrid á Zaragoza, como los que necesita el tren para atravesar las gargantas de Somaen, admirables por sus breñales y peñascos, sus bosquecillos y estrechuras.

Saliendo de Arcos, ya se entra en el valle del Jalón, ancho y espacioso, al que acuden por derecha é izquierda otros más estrechos, que suelen estar fecundados por las escasas corrientes de algunos arroyuelos. Llegase al fin á Santa María de Huerta, y antes de tomar tierra en la estación, se pára la vista en el palacio de los Marqueses de Cerralbo, sorprendida por aquel conjunto de torreones, columnatas, arcos y construcciones que gallardamente levantan sus muros blasonados y sus agudas almenas. En aquella mansión aristocrática, que una hospitalidad generosa y discretísima hace amable á cuantos de ella disfrutan, tienen sus dueños frecuentes estadas y allí reciben las visitas de sus deudos y amigos. Las comodidades del interior no son parte para que se menosprecien los encantos de las sombrías arboledas, intrincados laberintos y frescas grutas y cascadas que convierten los jardines de la posesión en un trasunto de más

famosos verjeles. Una preciosa capilla, donde la piedad de la Marquesa y de su gentil hija se ejercita de continuo, recuerda con otras muchas señales que aquélla es una casa cristiana, donde también han recibido filial acogida varios insignes Prelados, según recuerdan los *victores* que adornan los muros exteriores de un vetusto torreón, siguiendo las costumbres de otros tiempos.

El palacio y sus deliciosos jardines, así como las grandiosas caballerizas y otras dependencias, están situados á la margen izquierda del río, entre éste y los primeros escalones de las montañuelas que de aquella parte cierran el valle. No hay sino pasar el rústico puente que cabe el jardín y la estación de la línea Tèrrea permite pasar á la margen derecha, y se entra en el pueblo de Huerta, todo él oscurecido por las enormes construcciones del famoso monasterio. Acuéstase éste también sobre el llano que hay entre el Jalón y las montañas de esta parte opuesta del anchuroso valle, en sitio no muy libre de los fríos vientos que bajan del Moncayo, cuyas cimas, casi siempre cubiertas de nieve, se ven desde los altos de las lomas que rodean el pueblo. No ha crecido éste mucho desde que salió del do-

minio señorial de los monjes, aunque el tráfico del camino de hierro, las hoy agonizantes fábricas de ladrillo y algunas otras circunstancias, singularmente la protección de los Marqueses, hayan favorecido su desarrollo. Pueblo fué, y en realidad sigue siéndolo, decorado con el título de villa, que sólo le ha producido el sentir más apretadas las garras del fisco y más vivas las exigencias de la vida moderna.

### III

Nada menos que diez y nueve monasterios fundó la Orden de San Bernardo ó del Cister en 1144 en la extensión del imperio católico. Estado tan floreciente de aquel instituto religioso prueba el amor con que Reyes y pueblos lo recibían en todas partes, y de qué manera se estimaban sus grandes servicios á la civilización cristiana. No consta documentalmente que la casa de Huerta fuera fundada en dicho año, porque los analistas de la Orden, Yepes, Manrique y otros no mencionan escritura anterior á 1151 que compruebe la existencia de este

monasterio, si bien, sobre todo Yepes, deducen de varias circunstancias históricas que puede señalarse la fundación en 1144. Bien se comprende, entre otras cosas, que no aparezcan en los archivos escrituras de donación ó de otra clase relativas á los primeros años del establecimiento de una casa religiosa, ya sea porque se han perdido, ya porque era natural que, mientras no se acababa una fundación, no se la otorgasen las mercedes y gracias destinadas á confirmarla y sostenerla.

Lo que debemos notar desde luego es que el monasterio no tuvo su primer asiento donde después estuvo y aun quedan sus vestigios venerables, sino á tres leguas de aquellos sitios, en Cántabos, donde había una ermita de la Virgen muy de la devoción de aquella comarca. Como era costumbre entonces, el Rey fundador, Alfonso VII, de clara memoria, trajo de Francia monjes cistercienses, según hizo para poblar otras casas de la misma Orden. Como Abad de ellos es nombrado Rodulfo, varón de virtud eminente. A su sombra creció el monasterio y logró cuantiosas donaciones. La vida austera del Abad y de sus monjes encendía la caridad de Principes y



populares, que enriquecieron la nueva y piadosa fundación. Al primer Abad sucedió otro de nombre de Velasco, ó mejor dicho, Blasco, no menos celoso y digno de su ministerio, que ya desempeñaba en 1158. Luego le sucedió el célebre San Martín de la Finojosa, varón de noble estirpe, monje ejemplarísimo y que por su alcurnia y sus propios merecimientos debió tener singular influencia entre los grandes de su tiempo, y aun en la misma Corte, como vamos á ver. Alejóse del estruendo de las armas, común empleo de la actividad de los nobles de la época, y vistió el hábito cisterciense en Cántabos. No entra en nuestro plan escribir aquí de la santa vida de San Martín de la Finojosa, ni recordar otros hechos notables de ella que los más unidos á la historia de Huerta.

En esto sí conviene que nos detengamos algo; porque él fué quien, si no ocasionó la traslación á este lugar del monasterio de Cántabos, le dió vida, riqueza y privilegios. El asiento en Cántabos era poco propicio para la salud de los monjes y mayor provecho de las virtudes en que se empleaban, y con alto sentido se hizo la traslación á Huerta, entre otras cosas, porque, como

tránsito de Castilla á Aragón, la vida común y religiosa de los monjes podía ser más provechosa á los pueblos. Aun cuando con absoluta certeza no se conoce el año del suceso, á no ser aproximadamente, lo mismo el Ilmo. Sr. Manrique en sus *Anales* latinos de la Orden, que el celebradísimo P. Yepes, que pudieron examinar los papeles del archivo (fortuna de que nosotros no gozamos, porque la revolución moderna los esparció por las tiendas de comestibles de la comarca, lo mismo que las riquezas que en códices y libros se guardaban en el monasterio y que quedaron de un incendio), declaran que fué en tiempo del Abad Blasco cuando se hizo la feliz mudanza. El P. Estrada, en un papel, se atreve á decir que ocurrió en 1172, fecha de todos modos bien antigua.

Está el sitio casi en la frontera, entre los dos antiguos reinos, y sobre el origen de su nombre se ha discurredo con más ó menos fortuna. Es absurdo suponer, aunque hayan acogido la leyenda áureas plumas, que los moros tenían allí una huerta murada y tan extensa, que comprendía todo el valle del Jalón, desde Arcos á Ariza, distancia no menor de cuatro leguas. El ab-

surdo está demostrado también por la carencia total de vestigios de la inmensa cerca de que se habla. Se dice que, aventada de allí la morisma por los Reyes cristianos, fundaron un palacio en aquellos sitios; y si así fué, esta fundación pudo ocasionar la de la nueva morada cisterciense.

En lo que convienen más los historiadores de la Orden del Cister es en entender que el verdadero fundador de Huerta fué Alfonso VIII, el inclito vencedor de los almoravides en la batalla milagrosa de las Navas. Pero no falta quien alega testimonios históricos para asegurar que el fundamento de la nueva casa de Huerta se debió al Conde D. Manrique de Lara, señor de Molina, capitán insigne, tutor de aquel Monarca y defensor de sus derechos íntegramente soberanos contra el empuje vigoroso de sus rivales los Castros. Consignaremos aquí las noticias de más autoridad que hemos recogido á la ligera, y quizá de ellas resulte la concordancia de ambas opiniones.

Los amigos de la casa de Lara, ilustrísima entonces y aun mucho después, en particular su egregio cronista Salazar de Castro, ponen cierto empeño en recabar la glo-

ria de esta fundación para D. Manrique de Lara. Como cierto dan que en 1152 era Huerta una granja dependiente de Cántabos, y que en la fundación y primeras obras correspondió la parte principal á la bizarra generosidad del insigne caudillo. Añaden algunos que después de vencido y muerto en Garcinarro, cerca de Huete, en combate con sus eternos rivales corriendo el año de 1164, fué llevado á enterrar en Huerta. Contradice Salazar y Castro esta opinión, aunque fué sustentada por el Ilmo. Manrique, y otro historiador, D. Prudencio de Sandoval, asegura que vió en Burgos la momia del Conde.

En 1167, tres años después del heroico fin de D. Manrique, su viuda, llamada Hermesinda, Vizcondesa de Narbona, hizo al monasterio, que estaba entonces en fundación, la merced del lugar de Arandela ó Arandilla, y después otros favores no menos importantes. No se sabe cuándo murió, pero sí que fué enterrada en Huerta. De este matrimonio, gran bienhechor de la casa, proceden familias nobiliarias tan ilustres como las de Lara, Nájera, Treviño, Paredes, etc., cuyas grandes memorias puede ver el curioso en la admirable *Historia*

*de la Casa de Lara*, de Salazar y Castro. La donación de Arandilla trajo luego á los monjes algunos disgustos, pues en el año 1169 ya hubo pleito con la ciudad de Molina de Aragón; pero D. Pedro Manrique, señor de ésta é hijo de D. Manrique, intervino amigablemente y arregló el conflicto.

Fué tan liberal este D. Pedro Manrique de Lara para el monasterio, que, siendo ya Abad San Martín de Finojosa, en 1173 le cedió la mitad de las salinas de Terceguilla, ocultando la liberalidad bajo las apariencias de una compraventa, sin duda para que fuese más inquebrantable, pues estipuló que en pago de la mitad de las salinas le entregase el monasterio un caballo, precio insignificante para tan rica propiedad. Fray Ángel Manrique publicó el contrato en los *Anales* latinos de la Orden del Cister.

Este mismo Conde es el que tuvo y mantuvo el célebre desafío con un personaje envuelto en las nieblas de la historia, y que apenas hace entrever la tradición secular. Nos referimos al moro Zafra. Era éste un guerrero valeroso, de tanta fortaleza corporal como de ánimo valentísimo. Dícese

que era tan gigantesco su cuerpo, que había un palmo de medida entre sus ojos. El horror y el miedo que á todos los caballeros cristianos causaba no llegó al corazón del Conde D. Pedro, quien se inspiró en sus generosos impulsos para luchar con él. Púsose antes bajo la protección de la imagen de Nuestra Señora de Huerta, tan amada por él y por sus padres, y peleando con denuedo y fortuna, venció y mató al fortísimo agareno. En prenda de gratitud á la Virgen ofreció el Conde al monasterio la propiedad de la torre de Zafra, cuyo nombre recuerda el del vencido moro, y que está en término de Alarcón, en la provincia de Cuenca, entrando en la merced presa, molino, batán, término y otras fincas. Llamóse después Torre del Monje; y aunque no se sabe cuándo ocurrió esto, debió ser después de la conquista de Cuenca. (Otros creen que esta Zafra estaba más cercana al territorio de Huerta, y, por tanto, que nada tiene de común con la de Alarcón.) Del desafío hablan los historiadores de Cuenca, Salazar y Castro, Fr. Ángel Manrique y otros escritores. Ocurrió, según se presume, cerca de Molina y Huerta, de la parte de las sierras.

El mismo Conde D. Pedro acompañó al Rey D. Alfonso VIII cuando en 1179, no sólo confirmó, estando en Huerta, la traslación antes hecha desde Cántabos, sino que, pareciéndole pobres las obras que se estaban levantando, quiso que se fundase otra casa-monasterio suntuosa, y después de poner la primera piedra con sus propias manos, como dice un documento que otorgó, recibió al monasterio bajo su protección real. Hizo más, y fué el amojonar los términos de la santa casa, yendo él en persona á señalarlos para dar mayor fuerza y autoridad á las donaciones con que la enriqueció, siendo una de ellas la de ciertas salinas en Medinaceli.

El referido Conde hizo su testamento en Molina, cabeza de sus Estados, el 4 de las Kalendas de Julio de 1181, y en él ordenó que se le enterrase en Huerta, aunque sólo provisionalmente y hasta que se concluyese el monasterio de Arandela; pero como nunca se cumplió en esto su deseo, quedó enterrado para siempre en su primera tumba. Concedió muchos bienes al monasterio, y ordenó que después de su muerte quedase enteramente sujeto á la protección de los Monarcas castellanos. Murió en 1202 y fué

enterrado en el claustro, y con él su primera mujer Doña Sancha, Infanta de Navarra, y tía carnal de Alonso VIII, el de las Navas, bajo la inscripción que después transcribiremos, fielmente copiada por nosotros del original, fidelidad que antes no se ha guardado.

Un autor, al que otros no dan mucho crédito, dice que su segunda mujer se llamaba Doña Violante, y de ella cuenta una curiosa historia. Parece que durante su viudez no fué tan casta como la ilustre memoria de su marido merecía, y que manchó las blancas tocas de la viudez. Andando el tiempo, y visitando Alfonso X el Sabio el monasterio, tuvo noticia de los deslices de la noble viuda; y queriendo castigar su memoria, mandó sacar su cadáver del lado del de su marido y enterrarle en el cementerio común, poniendo una inscripción conmemorativa de este castigo póstumo. Pero visitando casi tres siglos después el monasterio el Emperador Carlos V, y habiendo oído á los monjes esta historia, mandó que los restos de Doña Violante volviesen á su antigua morada junto á los de su esposo, diciendo que harto castigado fué su nombre con separación tan larga.



Otra señora de Molina, Doña Sancha Gómez, mujer de D. Gonzalo Pérez, también de la Casa de Lara, dió al monasterio de Huerta el pueblo de Buenafuente, en el señorío de Molina, donde se fundó un antiguo y notable monasterio de religiosas cistercienses, dependiente del de Huerta, como más allá, en las orillas del Tajo, á una legua de los baños de Trillo, se erigió en el mismo siglo XII el monasterio de Ovila, también dependencia del de Huerta. Ambos tienen notable historia, que acaso algún día salga á luz, si logra cumplimiento nuestro propósito de hacerla, y del primero imprimió algunas noticias curiosas D. Gregorio López Malo, antes de mediar el siglo último, en dos papeles que por su rareza conocen poco los eruditos.

El de Huerta ha sido enterramiento de otros muy ilustres señores, en particular de los de Molina, que tanto le favorecieron. En el claustro, en el lienzo donde estaba la notabilísima sala capitular, hay un gran nicho ó arcosolio con dos lápidas y una columna en medio, formando dos arcos, y dentro de ellos se pusieron las inscripciones siguientes:

Á UN LADO

1.<sup>a</sup> «En esta sepultura yace el muy Ilustre caballero D. Almerique Conde de Molina y su mujer D.<sup>a</sup> Armisinda Condesa de Narbona. Ay escrituras de donaciones destes Señores de la Era del César 1205 que es el año del Señor 1167.»

2.<sup>a</sup> «Está aquí sepultado D. Manrique Duque de Narbona hijo del Conde D. Almerique y de la Condesa D.<sup>a</sup> Hermisinda y por parte de la madre heredó este caballero, que era hijo mayor, á Narbona y D. Pedro Manrique que era el segundo hijo quedó Conde de Molina y está enterrado saliendo de la iglesia á mano derecha. Mandaron al principio fundar un monasterio de nuestra Orden cerca de su villa de Molina en la dehesa de Arandilla donde fuesen sepultados, y despues ordenaron que lo pasasen á donde esté esta de Huerta y sus cuerpos fuesen sepultados en este lugar. Dieron á esta casa la dehesa de Arandilla con sus términos con la Hermita de Santa María, donde se bautizó el Montesino que fué un Moro muy valiente hombre, que hacía muy gran daño en tierra de cris-

tianos con gente del Rey Moro de Valencia. Pasó desta vida el Conde D. Almerique el año de la Era del Cesar 1204 que es del Señor de 1166.»

AL OTRO LADO

«En esta sepultura yacen sepultados el muy valeroso y esforzado caballero D. Pedro Manrique Conde de Molina, que fué honrra y luz de su patria y escudo y defension del Reyno y cuchillo contra los tiranos; y la muy noble Señora D.<sup>a</sup> Sancha Condesa su mujer qué fué hija de el Rey D. García de Navarra y viznieta de el gran Cid Ruy Diaz. Fué esta Señora casada la primera vez con Don Gaston Vizconde de Bearne y no ovieron hijos y casó segunda vez con este Conde Don Pedro Manrique el cual pasó desta vida en el año de 1202.»

A la legua advertirá el menos docto que estas inscripciones no son de la época de los personajes á que se refieren, y cuya memoria conservan, habiéndolas puesto la curiosidad de los monjes mucho más tarde, como que las dos primeras parecen

ser del siglo XVII y la última algo anterior, aunque no más de un siglo. Nótese que en una se habla de la conversión del moro Montesino, que no debe confundirse con Zafra, si la tradición acierta en lo que refiere al vencimiento y muerte de éste.

Más antigua, como que, según sus caracteres paleográficos, es de la época, es la siguiente, del Conde D. Pedro Manrique, que, según hemos dicho, copiamos del fondo de un arcosolio que cubre notabilísimo arco doble de enterramiento:

LUX PATRIE || CLIPEUS POPULI || GLADIVSQUE  
MALORUM || SUB PETRA PETRVS TEGITVR COMES  
INCLITUS ISTA || OBIIT || IIII || IDUS || IN ERA ||  
M || CC || XL.

#### IV

Aun cuando el monasterio pertenecía á Castilla, y hay sospechas de que estuvo fortificado antes de que se erigiese, para su guarda y la de estos valles, el castillo de

Belimbre (1), el Rey de Aragón D. Alfonso II le tuvo tal afecto, que una vez vino á él, y en pleno capítulo de sus monjes, puesto de hinojos, pidió al Abad Martín que le recibiese á manera de congregante ó hermano de la comunidad.

Lo mismo hizo su sucesor D. Pedro II, según consta de un privilegio suyo expedido en Calatayud en el año de 1197 y de otro en Ariza de fecha posterior.

Cuando subió al trono de Aragón este mismo Monarca, tuvo desavenencias con su madre Doña Sancha. Como ésta era tía de Alonso VIII de Castilla, impetró su mediación y su autoridad para que cesasen dichas disensiones. Puestos de acuerdo D. Alonso y Doña Sancha, celebraron una entrevista en Huerta, y desde allí pasaron á Ariza, donde estaba Pedro II de Aragón, consiguiendo el castellano poner paz entre ma-

---

Y (1) Este nombre está, según creo, compuesto de dos palabras latinas: del adjetivo *bellus, bella, bellum* (*hermoso, en la baja latinidad*), é *imber, imbris* (*manantial, torrente, etc.*) En la Edad Media se formó la palabra *Belimbre*, que quiere decir bello arroyo, ó bello manantial, refiriéndose al que corre por el vallecillo entre la fortaleza y las colinas próximas.

dre é hijo. Así lo asegura Zurita en sus *Anales de Aragón*.

Fernando III el Santo, continuador de muchas piadosas obras de Alonso VIII, quiso asociar su nombre á la de Huerta, y por su carta fechada en Soria en la era de 1256, correspondiente al año de Cristo de 1218, confirmó la fundación y dotación del monasterio que su abuelo había hecho. Publicó este diploma el señor D. Miguel de Manuel en los apéndices á las *Memorias para la vida de San Fernando*.

Imitaban los señores las liberalidades de los Reyes. Debía ser tanta la devoción á esta casa y tantos los que querían enterrarse en ella, que fué menester dar unas constituciones, según las cuales en la iglesia no podrían ser enterrados sino Reyes, Infantes ó personas de reconocida santidad, y en el claustro sólo caballeros, Duques y Marqueses, como asegura el Padre Yepes con referencia á las constituciones mismas.

Por eso no hubo en la iglesia otras sepulturas que las del Abad D. Martín de la Finojosa, declarado después Santo, y que fué Obispo de Sigüenza, y la del Ar-

zobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada, cuya memoria todavía llena esta iglesia y las ruinas del monasterio, del cual fué hijo tan amantísimo, que, aun siendo Prelado de Toledo, amigo de los Reyes, covencedor en las Navas, etc., quiso ser como superintendente de las obras que entonces se hacían, entre ellas la del refectorio, que no tiene par. Entre otras dádivas generosas dejó D. Rodrigo á este monasterio, no sólo su cuerpo venerable, sino su librería, toda ella de manuscritos de valor, porque aún no estaba descubierta la imprenta, siendo uno de ellos el original de su famosa *Crónica*, tan estimada de los doctos.

La Abadía de Huerta tuvo siempre alta representación en la Iglesia católica. Así no es extraño que el Papa Gregorio IX comisionase al Abad para que, juntamente con los Obispos de Osma y Segovia, pusiesen en ejecución un mandato que el Pontífice había dirigido primero á Doña Berenguela, madre de Fernando III el Santo, en Marzo de 1228, y en el mismo á dicho Rey para que devolviesen al Arzobispo de Toledo el monasterio de Covarrubias, que le diera Alfonso VIII.

V

Hemos mencionado antes dos ilustres Prelados cuya historia va íntimamente unida á la del monasterio, y es justo que antes de proseguir digamos algunas palabras acerca de ellos. El primero es San Martín de la Finojosa. Fuera él, ó fuera el Abad D. Blasco quien por su influjo ocasionó la traslación de la Comunidad de Cántabos á Huerta, no hay duda alguna de que á San Martín se deben los grandes crecimientos que desde que se fundó en el último pueblo logró el monasterio. Lo mismo Alfonso VIII, que los señores de Molina, que la generosa madre de San Martín, por devoción á éste favorecieron la nueva fundación con importantes mercedes. Los Obispos de Sigüenza, á cuya diócesis corresponde, no fueron tampoco despegados para ella. Así advierte Renales Carrascal en su *Catalatto Seguntino*, y conforme al testimonio de los documentos, que ya en 1175 el Obispo D. Goscelino ó Jocelin, cuyo nombre denota origen francés, «dió al gran



monasterio de Huerta (que ya se había trasladado de Cántabos) esempción de las décimas, que pertenecían á la dignidad episcopal, de ciertas donaciones que los primeros señores de Molina hicieron á aquel monasterio; en el *Catálogo* de sus Abades lo refiere Manrique como hijo suyo». Su sucesor D. Arderico, que era Obispo en 1180, confirmó dos años después esta gracia. Fr. Angel Manrique, el analista cisterciense antes mencionado, vió el documento confirmatorio en el archivo de Huerta.

Pues bien: al Abad D. Blasco sucedió en el gobierno del nuevo y ya ilustre monasterio hortense el santó Fr. Martín de la Finojosa, quien, movido por su amor á la casa que regía, impetró y obtuvo de Alfonso VIII la confirmación de los privilegios de que gozaba; y no contento con esto el Rey, acogió bajo su guarda y real seguro aquella santa mansión. Fué esto en la era 1207, que corresponde al año de Cristo de 1169. Más hizo el Monarca, y fué que diez años más tarde, después de asignar nuevas rentas y proveer á la sustentación de los monjes y á la obra de su nueva casa é iglesia, por sí mismo puso la

primera piedra de las magníficas obras que principalmente á su costa se erigieron. Los escritores de la Orden copian una cláusula de un documento real, en que se lee lo que sigue: «Don Alonso por la gracia de Dios Rey de Castilla y de Toledo y mi mujer la Reyna Doña Leonor, de buena gana y con mucho gusto nuestro hacemos el monasterio de Santa Maria de Huerta y juntamente con el abad Martín ponemos la primera piedra en su cimiento.» El erudito advertirá que esta cláusula no fué transcrita literalmente del documento, pero sin duda fué traducida de su original latino en esta forma más moderna. También se asegura, como dijimos antes, que el Rey amojonó personalmente los extensos territorios señoriales que formaban la dote de la fundación.

No perdió mucho ésta con haber sido elegido San Martín para la mitra seguntina en 1185, según se cree. Pero era tanto el amor que tenía á su monasterio, que á los pocos años renunció tan alta dignidad, y se volvió á él, resuelto á no abandonarle nunca. Pero como prueba de que Dios suele frustrar hasta los deseos de sus elegidos, el santo Abad no logró el de morir en aquella

santa casa. Porque habiendo ido á visitar el monasterio de Ovila, junto á Trillo, hijuela del de Huerta, murió casi repentinamente en una aldea llamada Sotoca, apartada sólo una legua de aquél, si bien su cuerpo fué trasladado á éste, donde, como veremos, logró decorosa sepultura. El Padre Yepes se equivocó al escribir que había muerto en la Aldehuela, pero acaso quiso decir en una aldehuela. El que esto relata ha visitado el lugar en que, según la tradición, estaba la casa, extramuros de Sotoca, donde murió el Santo. Hoy existe junto á aquel lugar una ermita. Se cree verosíblemente que la cabeza del santo Sacerdote que se venera en la catedral de Sigüenza es la de San Martín, y que en el transcurso de los tiempos se perdió la memoria del nombre del Santo á que pertenecía, siendo causa por esto de que se la designase de aquella manera. El P. Fr. Luis Estrada, que trasladó en 1558 los restos del Santo desde su antiguo sepulcro al sitio en que hoy reposan, asegura que faltaba la cabeza. Curioso es de consultar en este punto el libro que un monje y luego Abad de Huerta, Fr. Constantino Cordón, publicó en 1720 con el título de *Apología por la*

*cabeza de San Sacerdote contra Juan Tamayo de Vargas.*

Más célebre aún es otro hijo del monasterio de Huerta, al cual conservó singularísima y nunca apagada predilección. Me refiero á D. Rodrigo Jiménez de Rada, Arzobispo de Toledo, sobrino de San Martín y no menos insigne por sus virtudes aún más que por sus grandes escritos y por sus hechos memorables. El que acompañó y confortó á Alfonso VIII en la batalla de las Navas de Tolosa; el que con sus libros había de dar nuevos rumbos á la historia de España; el legislador que otorgó fueros importantes á Brihuega (que está ya por fortuna impreso), Alcalá y Talamanca; el insigne Arzobispo que es una de las glorias más puras del siglo XIV; el amigo y consejero de Fernando III, fué hijo amantísimo de Huerta. Tanto lo fué, que en vida le prodigó sus mercedes, y se asegura que para dar mayores impulsos á la construcción del monasterio, quiso ejercer en ella el cargo de sobrestante, aunque desempeñaba ya la dignidad de Arzobispo primado de las Españas. El P. Yepes publicó la escritura en que así consta. En su testamento ordenó ser enterrado en Huerta, y por fortuna allí

se conserva aún su venerable momia, como diremos después. Este enterramiento de D. Rodrigo en aquel lugar ha contribuido grandemente á la fama de Huerta, y quizá á que los restos de sus construcciones no hayan caído en tierra. El Arzobispo legó su librería á su amada casa, y este recuerdo nos causa sonrojo, porque entre los manuscritos que la formaban estaba el original, según se asegura, de la historia de España, que todos los eruditos conocen, y que la infame desamortización ó un incendio han hecho desaparecer como tantas joyas del arte y de las letras, cuya pérdida jamás perdonaremos á los autores de aquel inmenso robo.

## VI

Situada, según va referido, la egregia mansión cisterciense en los confines de Aragón y Castilla, y en el camino que va de uno á otro pueblo por aquella parte, y siendo además lugar devotísimo, y, por consiguiente, campo neutral en las querellas que entre ambos pueblos hubo durante la

Edad Media, no es extraño que haya sido teatro de sucesos históricos, de entrevistas reales y de paso de ejércitos y comitivas ilustres.

Así vemos que la Reina de Castilla Doña Violante, mujer de Alfonso el Sabio, vino á Huerta para despedirse del Rey Jaime I, su padre, que intentaba hacer una expedición á Tierra Santa, empresa que hubiera sido corona de sus grandes hazañas. Por allí pasó la misma señora más tarde, con su nuera, la infeliz viuda del Infante de la Cerda, y los hijos de éste, que iban á ponerse bajo el amparo del Rey de Aragón y solicitar su apoyo contra la usurpación de Sancho IV el Bravo. Las guerras que después se suscitaron entre aragoneses y castellanos fueron causa de que por aquel valle transitasen las huestes de unos y otros, y no consta que en medio del fragor de los combates y de los robos, saqueos y muertes que formaban el cortejo natural de las luchas de entonces, sufriese el menor atentado la santa casa de Huerta, que, por su misma situación, era mirada como campo neutral por los combatientes.

En lo más crudo del invierno de 1305 salió Fernando IV de Castilla de la ciudad de

Guadalajara, y pasando por Atienza se encaminó á la frontera aragonesa, según estaba tratado con el Rey Jaime II de Aragón, para concertar con éste el arreglo de varias cuestiones que entre ellos había, en particular la de los Infantes de la Cerda, y las cuales eran impedimento bastante para que entre ambos hubiese la debida concordia. No fué en Ariza donde se vieron, como equivocadamente asegura la crónica del primero, sino en Santa María de Huerta, como con más exactitud dice el clarísimo Zurita. Cuánto duraron estas vistas no se sabe; pero los documentos establecen que en 26 de Febrero de dicho año estaban reunidos en el monasterio, en el cual y en dicho día dieron sus poderes á Diego García, canciller de Fernando, y Gonzalo García, consejero de Jaime, para que fuesen al reino de Murcia é hiciesen en él la justa partición de territorios, que era causa principal de las anteriores desavenencias. En el mismo día y lugar fecharon otros poderes ambos Reyes á favor de sus referidos consejeros y mandatarios para que, á fin de evitar nuevos escándalos y querellas, designasen las personas encargadas de estimar los daños sufridos por los vasallos de

las dos Coronas en las últimas luchas sostenidas entre Castilla y Aragón. Se han impreso estos dos curiosos documentos en la Colección diplomática para la historia de Fernando IV, que una y otra vez ha publicado la Academia de la Historia.

En estas vistas, de suma importancia, aunque no evitaron que en reinados posteriores, como el de Pedro I el Cruel, se discutiese y aun negase su eficacia; en estas vistas, decimos, que se celebraron en el monasterio de Huerta, no sólo dieron fin por entonces las querellas y turbaciones entre los dos reinos más poderosos de la península, cuya unión tanto importaba á la cristiandad, sino que Castilla logró algunas ventajas, como fué la cesión que Jaime II hizo, en gracia de Fernando IV, de la plaza y ciudad de Cartagena, bien que fuese con cláusula de que se diera la villa de Alarcón al célebre D. Juan Manuel, pero al cabo no era éste gran sacrificio, ni Alarcón quedaba fuera del real señorío de la corona de Castilla.

Todavía volvieron á verse estos Reyes en Huerta. En el año de 1308 Jaime II partió desde Valencia para la comarca de Catalunya, porque tenía dispuesto con el de



Castilla juntarse en uno en el monasterio de Huerta para tratar de paces y acordar buenos medios de vivir en provechosa avenencia. Viéronse allí, en efecto, y á la vez que se dieron mutuas pruebas de dulce amistad, convinieron los términos de una alianza guerrera contra los moros de Granada y de Marruecos. Selló este tratado la promesa que hizo el de Castilla de dar la mano de su hija Doña Leonor al Infante primogénito de Aragón, pues en aquellos tiempos las bodas regias concluían las diferencias entre los pueblos, aunque no siempre por modo inquebrantable. Sin embargo, los asuntos de que allí se trató eran tan difíciles de concertar, que todavía fueron retocados en la no muy lejana villa de Monreal, adonde los Reyes pasaron desde el monasterio cisterciense de Huerta.

Ya advertimos que su condición de fronterizo y el ser paso para Aragón han sido causas de que Huerta haya presenciado sucesos notables y lances de importancia ocurridos entre ambas Coronas. A veces también pareció lugar de cita belicosa entre los Monarcas de uno y otro reino. Así, cuando en el reinado de Juan II de Castilla se aliaron en son de guerra contra él los Mo-

narcas de Aragón y de Navarra con el Infante D. Enrique, acudió aquél á las cercanías de Huerta para oponerse á la entrada de éstos en el reino. No fué tan pronto que impidiese que, después de asentar su campo en Huerta los aliados, penetrasen hasta Hita, en la yema de la provincia de Guadalupe, amenazando así el centro de Castilla.

Pero acudieron el Rey D. Juan y su Condestable D. Álvaro de Luna, y volviéronse los enemigos para atrás, estableciendo otra vez su campo en Huerta.

Allí debían encontrarse, cuando recibieron á un faraute ó heraldo llamado Trastámara y á un rey de armas apellidado Castilla, enviados por Juan II á los invasores para que los desafiase y retase á aguardarle. Á semejante reto contestaron con excusas y palabras de paz, que el castellano desoyó, y mientras los invasores se entraban en Aragón, Juan II iba adelante y establecía su real en Huerta.

Entonces fué cuando el Condestable Don Álvaro de Luna penetró con una brillantísima tropa en Aragón, tomó el castillo de Monreal y otros lugares, y abrió la frontera al poderoso ejército castellano. Era tan nu-

meroso el que se juntó en Huerta y sus cercanías, que, según un cronista, constaba de 70.000 guerreros, muchedumbre armada pocas veces reunida en aquella época. Desde Huerta se volvió el Rey con su ejército á Medinaceli, donde hizo alarde de él y le pasó revista. En Huerta estuvo Juan II mientras duraron las operaciones del Condestable en tierra de Aragón. Sucedió todo esto en el verano de 1429, y de ello dan noticias las crónicas de Juan II y del Condestable, así como los *Anales* de Zurita.

De otros sucesos posteriores y de menos interés histórico se conservan vagos recuerdos. Así se sabe que pasó por allí, acaso sin detenerse para cobrar alientos en su fuga precipitada, Antonio Pérez, cuando huyó de Madrid para acogerse al amparo de los fueros de Aragón y encender en este reino una rebelión insensata. También se cuenta que en la guerra de Sucesión un personaje del partido del Archiduque Carlos, quizá—dicen—él mismo, estuvo oculto en los desvanes del monasterio, corriendo gran peligro de ser hallado. Todavía señalan en una de las galerías del patio la puertecilla tabicada que daba entrada al desván.

Lo notable es que habiendo pasado por el monasterio tantas opuestas gentes en épocas en que el furor de la guerra lo estragaba y consumía todo, desde la choza del campesino hasta la robusta torre del magnate, sin librarse muchas veces del estrago las iglesias y monasterios, el de Huerta haya permanecido libre de todo daño, hasta que la revolución, más fiera que el monstruo de la guerra, clavó en él su picota destructora.

## VII

El plan comprensivo de iglesia, monasterio, huertas y otras dependencias estaba, y en mucha parte lo está aún, señalado por un muro, ni muy grueso ni muy alto, cuyas cortinas flanquean varios torreoncillos ó cubos, lo cual da al conjunto cierto aire de fortaleza, sobre todo en las bandas norte y oriental. Costumbre era ésta de rodear los monasterios cistercienses de una no muy fuerte muralla, incapáz de resistir verdaderos ataques, y aún se ven aportillados muros en Veruela, Monsalud, San Martín

de Valdeiglesias, Piedra y otras casas de la Orden de San Bernardo.

Casi donde correspondía el ángulo que al NO. formaba la muralla exterior de la de Huerta se levantó en el siglo XVI una portada aislada, con apariencias de arco triunfal, para dar ingreso á la plaza, en cuyo fondo se levanta la iglesia. Con sus columnillas, frisos, medallones, letreros, escudos de la Orden, estatuas de Santos y otros adornos, inspirados en el buen gusto del Renacimiento, da ya idea de lo que más adentro se esconde, y revela el amor á las artes de aquellos Bernardos que lo hicieron levantar en tan brillante época artística. Es lástima que en 1780 se coronase este primer cuerpo con otro de peor gusto, ó al menos disonante del primero, aunque no sea del todo desagradable.

La fachada del templo ha tenido la mala fortuna de que construcciones y reparos posteriores la hayan tratado con poco respeto. Compuesta de tres cuerpos, correspondiendo cada uno á su respectiva nave del interior, el de la izquierda está casi oculto por haberse hecho en el siglo XVI, demasiado saliente sobre la plaza y tapiando parte de aquel cuerpo, la fachada del

monasterio, obra algo suntuosa del Renacimiento, con su puerta adornada de medias columnas, sobre las que parece sostenerse un ancho balcón. Sólo una puerta de ingreso tiene el templo en aquella su imafrente, y la constituyen cinco arquillos ojivales, que se apoyan sobre cortas columnillas, formando un ingreso abocinado, no muy rico en labores esculpidas, pero que da clara idea de que fué construído en el siglo XIII, aunque en los fines del XV fué pintado con adornos policromos é inscripciones que todavía conserva en parte. Sobre la portada se abre un gran rosetón circular, rodeado de baquetones y molduras de la misma forma, guarnecidos de perlas y otros adornos, que revelan, como la fachada entera, que fué construído cuando el arte ojival guardaba los recuerdos del románico, de que fué felicísima transformación. Es de sentir que hayan desaparecido los radios y columnillas que guarnecían el interior de este inmenso *oculus*, que no mide menos de ocho metros de diámetro. Rotas las labores interiores que constituían el mejor embellecimiento de vano tan espacioso, á la par que servirían, de seguro, como marcos en que se encuadraban las

vidrieras pintadas, una mano imperita tapió el ventanal, dejando tres huecos que, si dan luz al interior del coro á que corresponde, quitan belleza al exterior del edificio. Sobre la fachada corre una sencilla cornisa adornada de mensulillas y canes de poca labor escultórica, y encima de todo una espadaña moderna y pequeña que apenas merece esta mención.

La fachada lateral que mira al ocaso revela todavía, y á pesar de las renovaciones que ha sufrido, que la obra principal del templo corresponde al siglo XIII, en que aun estaba confusamente mezclado el estilo naciente que había de florecer en los dos siglos posteriores, con el que ya iba desapareciendo y que fué gala y ornamento de los dos precedentes. Nada más común que creerse en España que, como las tinieblas de la noche ante la luz del sol, desapareció el gusto románico á los primeros albores del ojival en la segunda mitad del siglo XII, y, por tanto, que no quedó rastro de aquél en las construcciones de la siguiente centuria. Pero esto, no sólo contradice la ley de sucesión de estilos, sino que está resueltamente negado por los monumentos, y quien esto escribe ha tenido la suerte de demos-

trar á una doctísima Academia que todavía, después de mediar el siglo XIII, se construyeron en Castilla iglesias con portadas románicas, de lo cual es ejemplo todavía vivo y notabilísimo la del Salvador, de la villa de Cifuentes, sobre cuyo pórtico de imaginería se ostenta la prueba de esto que decimos.

Así es que en esta misma iglesia monacal de Huerta se advierte al punto la mezcla y lucha de los estilos, aunque prevaleciendo el nuevo y dejando apenas asomar el antiguo, que sólo tímidamente manifiesta algunos caracteres como oscurecidos por la ojiva ya dominante. Donde más asoma lo románico es en la capilla mayor, así en sus líneas interiores, casi ocultas detrás de revocos y pinturas de tiempos más próximos á nosotros, como en su exterior, que forma un ábside que hasta en su adorable sencillez de líneas, blancura de las talladas piedras de sus paramentos, impostas, base y remate, recuerda las construcciones románicas, como las recuerdan más vivamente aún ciertas partes del monasterio ó casa conventual.



## VIII

Éntrase en el templo por una amplia pro-naos ó antenave, situada bajo el coro capitular. Una magnífica reja, que se labró en 1716, separa esta parte del interior del cuerpo general de la iglesia, dividido por tres naves, cruzadas por otra en forma de cruz latina, conforme al ritual común en Occidente. Los estragos del tiempo y otras causas, y singularmente las obras hechas en los siglos últimos sin respeto á las formas primitivas de la construcción, han modificado de tal manera el aspecto total del templo, que, dentro de él, cuesta trabajo hallar sus líneas antiguas, así en bóvedas como en arcos y pilares. Sólo fijándose en el ingreso de las capillas absidales y en otros elementos del crucero se acaba por conocer el verdadero estilo de la obra. Sucede en esto lo que en la apreciación arqueológica de muchas imágenes, que torpes manos han recubierto de colorines; es preciso rascar esta cubierta para descubrir los estofados y demás circunstancias revelado-

ras de la época á que las imágenes pertenecen.

Pero con ser la parte antigua la capilla mayor, es la que más ha sufrido en esto, y, por tanto, la que más recubierta está por decoraciones posteriores. El ancho retablo que cubre su fondo, desde que se labró en 1766 con pésimo gusto, las hornacinas abiertas para los sepulcros del Arzobispo Don Rodrigo y de San Martín de la Finojosa en los muros laterales, los enlucidos de sus ventanas, que ocultan la piedra de los paramentos, y las pinturas al fresco con que fué adornada, la quitan mucho de su carácter auténtico. Aquellas pinturas que se hicieron mientras era Abad el P. Luis Estrada por un artista romano, como aquél dice, aunque sin dar el nombre del artista, representan, según el gusto algo fastuoso de la época, no sólo algunas imágenes de Príncipes bienhechores de la casa, sino principalmente escenas de la victoria de las Navas de Tolosa, apareciendo como principales actores en ellas el Rey fundador y el Arzobispo D. Rodrigo. No es obra artística de mérito sobresaliente, pero tampoco es despreciable, y sólo el arqueólogo las tendrá en poco por ocultar los

muros de aquella parte importantísima del templo.

Por último, tiene singular mérito la magnífica sillería del coro, de dos andenes y tres lados, tallada en columnitas, tableros de relieve, festones, acroteras, brazos de sillas, coronamiento á modo de dosel corrido, etc., con profusión asombrosa, y no por manos inhábiles. Á la legua se advierte que trabajaron en ella varios tallistas y escultores, y, por tanto, que unas partes ofrecen más mérito artístico que otras; pero el conjunto es una de las obras de su clase que puede competir con muchas sillerías de coro muy reputadas, si se exceptúan las de ciertas insignes catedrales, en que trabajaron clarísimos maestros como Berruguete, Becerra, etc. También es obra de mediado el siglo XVI y se puso rigiendo la abadía el P. Estrada, y cautiva la atención entre todos sus elementos, la serie de estatuitas de Santos, monjes, Padres de la Iglesia y personajes bíblicos que coronan el dosel corrido. Obra tan rica de nogal esculpido, es muy alabada por el severo Ponz en su famoso *Viaje de España*, tomo XIII, aunque me parece que yerra al decir que se comenzó en principios del siglo XVI,

pues no hay asomos de ello en las diferentes partes del monumental conjunto. No pudo investigar quiénes fueron sus autores.

El hastial derecho de la iglesia remata en una capilla, construída en el siglo XVI y arreglada en el siguiente, que se destinó á morada del Santísimo Sacramento y á depósito de las muchas reliquias que la piedad de los monjes y de sus protectores recogió abundantemente. Después de la desamortización ha sufrido aquel sagrado recinto los estragos más lamentables. Vacíos están de su sagrado depósito los relicarios de bronce, madera ó cristal que en los altares de la capilla recuerdan aún su anterior destino. Perdidos los papeles todos del archivo, ya no quedan las auténticas que justificaron la procedencia de las reliquias. Pero aún se ven algunos objetos que merecen singular respeto por su propio ser y por su valor arqueológico. Es el más notable en uno y otro concepto cierta imagen de Nuestra Señora, que sin arriesgar mucho puede suponerse del siglo XII por las condiciones iconográficas que presenta. Está tallada en madera, sentada, con el Divino Niño recostado en el brazo izquierdo de la

Señora, y casi de pie, circunstancia que se ve en pocas imágenes de la Edad Media, y menos de la moderna. La tosquedad y falta de arte del grupo, el plegado de las vestiduras, la disposición de los rostros, no exentos de cierta sencilla majestad, el aspecto todo de la escultura nos permiten asignarla antigüedad tan remota. Algunas veces hemos pensado si será esta imagen la misma que se adoraba en Cántabos en la ermita que fué origen de la primera fundación, y que al hacerse el traslado del monasterio fuese llevada á él por los piadosos monjes. El curioso puede formar idea de lo que es la imagen examinando un grabado que la representa y que se publicó en el tomo X del *Boletín* de la Academia de la Historia.

El otro objeto es el báculo abacial ó acaso episcopal de San Martín de Finojosa. No está el báculo entero, sino el cayado superior del mismo, obra de hierro labrada con dibujos que grabó al buril. Presumo que estuvo esmaltado, y aún conserva en su ojo ó vuelta interior la representación del misterio de la Anunciación, asunto muy del gusto de orfebres, pintores y escultores de los siglos medios. Los caracteres arqueoló-

gicos del báculo corresponden al siglo XII, época en que vivió San Martín de Finojosa. Se confirma que perteneció á éste el báculo, porque el Abad Fr. Luis de Estrada, en su *Relación de la vida del Arzobispo Don Rodrigo*, de que hay copia en la Academia de la Historia y que publicó el Sr. de la Fuente en el discurso en elogio del Arzobispo Jiménez de Rada, declara que al descubrir el sepulcro de San Martín para trasladarlo al sitio que hoy ocupa, sacó por sí mismo el báculo de aquella tumba primitiva y lo depositó en la capilla de las reliquias. Por cierto que aconsejaba el P. Estrada que del báculo debían usar los Abades del monasterio sólo en dos ocasiones: al imponer el hábito á los novicios, y en el supremo instante de bendecirlos en la Extremunción.

En el lado opuesto de la nave del crucero está la sacristía, triste y solitaria hoy, apenas sombra de lo que fué cuando en su recinto se juntaba una comunidad insigne y numerosa. Las pinturas ornamentales que conserva fueron hechas en 1780 por Bartolomé Martín. Á este lado corresponde una torre cuadrada, no muy alta, cubierta según está hoy en tiempos muy posteriores

á los suyos propios, que son los de la construcción de la iglesia. En las piedras de esta torre grabaron sus canteros aquellas singulares marcas que están henchidas, según algunos, de un simbolismo profundo é indescifrable, pero que, según creemos, no eran otra cosa que señales puestas por cada cantero ó maestro para señalar sus trabajos.

## IX

Ya lo hemos dicho antes: el nombre del Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada llena los ámbitos del monasterio que describimos. Allí está su sepulcro en el muro lateral de la capilla mayor, del lado del Evangelio, en un sarcófago de piedra guarnecido de bronces, dentro de amplia hornacina y bajo la salvaguardia de una fuerte reja. No sin emoción profunda, que las sombras de la noche hicieron más inolvidable, asistimos á uno de los pocos reconocimientos que del venerado cadáver se han hecho en el curso de los siglos. La asistencia al acto del Ilmo. Sr. Obispo que hoy

rige con sin igual acierto la diócesis seguntina, el concurso de gentes que de toda la comarca acudió para gozar de aquel suceso que nunca vieran, la trémula luz de las velas que alumbraban el anchuroso ámbito de la capilla mayor, la fúnebre ceremonia, el recuerdo de las eximias virtudes y hechos maravillosos de aquel cadáver, cuyo reposo secular interrumpíamos, no por curiosidad liviana, sino movidos por consideraciones dignas de respeto, y el pensar que dentro de aquel cuerpo casi hecho polvo habitó la gran alma de uno de los Prelados más insignes de la Iglesia española, teólogo, guerrero, historiador y Santo, eran circunstancias que á otros menos cristianos y amantes de las grandezas históricas hubieran conmovido.

Observamos aquel cadáver, momificado en casi todas sus partes, sobre todo en el rostro, que conservaba maravillosamente, aun en sus menores detalles, las facciones del insigne Arzobispo; vimos y estudiamos sus vestiduras pontificales, desde el *pallium* de blanca lana, emblema de su dignidad, y la achatada mitra (que tanto se distingue de las que hoy se usan, y cuya forma puede estudiarse en las estatuas sepulcrales y



en los sellos de aquella época), hasta los calzones de rojo tafetán y las casi deshechas sandalias, cuya planta estuvo robustecida por planchuelas de corcho. Y cuando nuestra honrada y devota curiosidad quedó satisfecha, y por orden del Sr. Obispo cayó pesadamente la lauda sobre el sarcófago, parecía que dábamos un triste adiós á la historia de la Edad Media y á sus heroicos personajes.

Hará de esto unos ocho años. Después, según nos contó el Sr. D. Vicente de la Fuente, cuando este ilustre escritor visitó el monasterio y el sepulcro de D. Rodrigo en 28 de Junio de 1886 por encargo de la Real Academia de la Historia, al reconocer otra vez la momia, se la encontró casi deshecha, como si en nuestros días corriera el tiempo más velozmente y fueran mayores sus estragos. Este ha sido el último reconocimiento que se ha hecho del sepulcro de D. Rodrigo, y fué presenciado por los Marqueses de Cerralbo, sus hijos, el Sr. Magistral de Sigüenza, los Condes de Casasola y Alba de Yeltes y otras personas distinguidas. Remitimos al curioso lector que desee conocer los pormenores de este suceso y el estado de la momia del Arzobispo, al in-

forme del Sr. de la Fuente, que con algunos grabados publicó el *Boletín de la Academia*, tomo X, pág. 228. Allí puede ver, entre esos grabados, la representación del primitivo sepulcro de D. Rodrigo, que hoy se conserva á los pies de la iglesia, á manera de cenotafio histórico, y que estuvo antes delante del presbiterio, hasta que el Abad Estrada hizo la traslación de la momia al sarcófago donde hoy existe. El sarcófago es curiosísimo y tipo de los de su clase y de su tiempo. Se apoya sobre toscos leones, á manera de soportes, está cubierto por una losa sencillamente perfilada de gruesos baquetones, y presenta en su frente la imagen en relieve del Arzobispo, en actitud de dormir el sueño eterno y revestido de sus hábitos episcopales. La forma de la mitra, del palio y de las vestiduras, reproduce la de estos ornamentos que el cadáver conserva.

En otra hornacina semejante se ve otro sarcófago al lado de la Epístola y haciendo pareja con el del Arzobispo. Allí están los exiguos restos de San Martín de Finojosa. Tuvo también su primera sepultura delante del altar principal; pero el Abad Estrada, hombre emprendedor y de grandes

alientos, en 1558, como él declara en el escrito que mencionamos en este trabajo, sacó de ella aquellos restos «por sus propias manos», porque la humedad perjudicaba mucho el santo cuerpo, y además almas piadosas se iban llevando reliquias del insigne monje y Obispo de Sigüenza, y los trasladó al sarcófago, semejante al del Arzobispo, que se levantó frente á él, en el lado de la Epístola. En el sepulcro que antes tenía San Martín, y que ya ha desaparecido, puso el P. Estrada los restos de la madre del Santo, Doña Sancha Gómez, gran bienhechora del monasterio. También, y no á gusto de los monjes, se enterraron en la capilla mayor, desde los orígenes de tan ilustre familia, varios Condes y Duques de Medinaceli, hasta que erigieron con el mismo fin la colegiata de la villa, de que son titulares. Desaparecieron también estos sepulcros y sus estatuas, entre los cuales estaban los de D. Bernal de Foix y su mujer Doña Isabel de la Cerda, entusiastas partidarios de Enrique II y primeros Condes de Medinaceli.

En el sarcófago de San Martín se conservan restos de unos cuerpos santos que los monjes reverenciaban, aun sin saber su

origen, un bolsón con curiosos tejidos del siglo XII ó XIII, y una notable arqueta mozárabe, con inscripciones árabes incrustadas en hueso sobre la negra madera del armazón. La vimos en la ocasión misma en que fueron descubiertos ambos sarcófagos; pero como el tiempo faltaba, nos fué imposible copiar la inscripción de la arquilla, muy semejante á otras que pueden verse en muscos, colecciones y tesoros de iglesias.

## X

A la izquierda de la iglesia, y pegadas á ella, se levantan las inmensas construcciones del monasterio, que tiene la debida y litúrgica comunicación con aquélla por el brazo siniestro del crucero. Aquel conjunto de edificios revela todos los estilos que en nuestra arquitectura han reinado desde el siglo XII hasta el presente, por lo que no ha de buscarse en él la unidad artística que, en verdad, pocas veces se ve en edificios de esta naturaleza y de tan gran importancia, que han necesitado de la piedad

de muchos siglos para sus ensanches, mejoras, y, sobre todo, restauraciones. Pero lo que queda de la Edad Media y aun de los primeros tiempos de su gloriosa vida es interesantísimo y, como si dijéramos, clásico, dentro de su historia.

Esta variedad de construcciones y lo vasto y enmarañado de su plan total hace muy difícil nuestro propósito de describir, si bien sea á la ligera, el monasterio. Nada más expuesto á error que hacer semejantes descripciones lejos de los monumentos; y si á esto se agrega lo infelicísimo de la memoria de quien escribe, harto cansada por desdicha suya, como cosa cierta han de acaecer aquí algunas equivocaciones que el lector se explicará y perdonará, si la brevedad y sencillez del relato no evitase en parte semejante riesgo.

La comunicación del templo con la casa conventual está hoy casi borrada. Sólo las exploraciones que tiene hechas allí el Marqués de Cerralbo, tan docto en materias arqueológicas y tan conocedor de monumentos como se sabe, han podido señalar el camino que seguían las procesiones de la comunidad bernarda de Huerta en su tránsito ritual del monasterio al templo. El pro-

fano tiene bastante con contemplar el patio principal, que es el más antiguo y artístico, el más cercano á la iglesia, el que llaman *Patio de Caballeros*, sin duda por los muchos y muy ilustres que en él hallaron honrada y cristiana sepultura. Es cuadrado, y sus claustros, que comunican con el espacio central ó patio propiamente dicho, son de lo más puro que ofrece el arte ojival en su primer período, cuando la sencillez de bóvedas y arcadas de arco agudo, sostenidas por robustas pilastras, no habían menester de la brillante decoración que enriqueció en los períodos siguientes aquel estilo arquitectónico. Pero en la pureza de las líneas, sólidamente trazadas, y en la robusta sencillez de aristones y crucería de las bóvedas, encuentra holgada compensación la pobreza del ornato, propia, repetimos, del primer período ojival, y que apenas produjo sino los capiteles de follaje de las columnas y las claves floriformes de las bóvedas.

En ese claustro inferior, que está al nivel del suelo, se conservan todavía los lucillos y hornacinas (algunos muy curiosos, partidos por una columnilla y con arcos de reminiscencias románicas) donde reposaron

los ilustres personajes bienhechores de la casa. Ya están borradas las numerosas lápidas que en memoria suya trazaron sus hijos, ó las que para conservarla escribieron los monjes en tiempos posteriores, como las dos que transcribimos casi en los comienzos de este trabajillo, y sólo es coetánea y puede leerse del todo la del Conde D. Pedro Manrique, que también hemos transcrito, y que no carece de elocuencia. No hay para qué copiar ahora muchas de esas leyendas funerarias que, aun cuando están ocultas por un bárbaro enlucido ó desaparecieron del todo, conservó la curiosidad de Ponz en su *Viaje de España*; pero advirtamos, según va expuesto, que no todas son coetáneas de los mismos personajes por cuya memoria se escribieron. De todos modos, en su redacción se tuvieron presentes las noticias que por tradición ó documentalmente conservaban los monjes, y por esto sólo merecían el título de históricas y un respeto que se les ha negado.

De las que copia Ponz resulta que, bien en el claustro de caballeros, bien en la iglesia, estaban enterrados los siguientes personajes de importancia:

Martín de Finojosa y sus hijos, que mu-

rieron en combate contra los moros y que eran parientes del Santo Abad de aquel nombre. Ellos fueron los que costearon la obra del gran refectorio.

Roldán Pérez de Medrano, caballero del siglo XIII.

Nuño Sancho y Doña Marquesa, su mujer, gran soldado aquél en la conquista de Cuenca.

Nuño Martínez, Alférez de Fernando III el Santo, y hombre muy valeroso.

Varios caballeros franceses, de los que ayudaron al Conde de Trastamara en sus guerras contra Pedro el Cruel; eran parientes de D. Bernal de Foix, primer Conde de Medinaceli.

El Conde de Molina D. Almerico, hijo del Conde D. Pedro y de la Infanta Doña Sancha, así como estos mismos.

El Conde D. Pedro Manrique, donante de la Torre de Zafra, el que se dice que mató al gigantesco moro.

Y otros muchos, además de los dos venerables San Martín y D. Rodrigo, así como Doña Sancha, madre de aquél.

De sus monjes esclarecidos en el ejercicio de la virtud y de las letras no podemos hacer mención especial, murieran ó no allí,



ni tampoco de sus Abades, porque no es ese nuestro propósito. A quien solicitase más noticias en este particular recomendamos la lectura del curioso opúsculo *Una visita al monasterio de Huerta*, que escribió hace años nuestro buen amigo Don Manuel Pérez Villamil, quien gozó del libro becerro del monasterio, donde se contienen la serie de sus Abades y muy sabrosos datos.

En la época del Renacimiento, sin mediar el siglo XVI, y según creemos por la poderosa iniciativa del Abad Estrada, tendióse sobre este claustro inferior, á manera de nuevo piso, otro muy ornamental por el artesonado que lo cubría y por la elegante columnata, cerrada por balconillos de balaustres, que da al patio. Los primores del gusto artístico de aquel tiempo aparecen en esta obra de notorio mérito. Medallones de carácter clásico con sus bustos de medio relieve y sus coronas y escudos de España y de la Orden de San Bernardo; menudas columnillas de balaustre formando el antepecho; cabezas fantásticas de mucho efecto artístico sobre el ábaco de los capiteles de las columnas; inscripciones, lambrequines y bustos de personajes históricos ó bíblicos

exornan este piso superior y hacen que contraste su riqueza escultórica con la sencillez que hemos advertido en el claustro inferior sobre el cual fué fabricado. Lo que también se nota en tan curiosa obra es la diferencia de valor artístico de sus cuatro lados, pues en unos se hicieron los relieves y ornamentos de una manera casi ruda, mientras en algún otro parece que se empleó el cincel de algún discípulo de Berruguete. En uno de los adornos se lee la fecha en que se edificó, qué fué el año de 1547.

Desde el claustro bajo se sube por una magnífica escalera, hoy casi arruinada, aunque es de fecha no anterior al siglo XVII, á los departamentos y claustro de arriba, así como á la que fué gran biblioteca, depósito de millares de libros, códices y diplomas que han desaparecido casi por completo.

Como anejo al claustro bajo hay que mencionar con particularísimo interés una gran pieza, cuyas bóvedas sostienen cinco gruesas columnas que la dividen á lo largo en dos naves. Es, sin duda ninguna, la parte primitiva del monasterio y la que mejor refleja el período de transición á que pertenece el último tercio de la 12.<sup>a</sup> centuria.

Porque si bien es cierto que en sus bóvedas ojivales se ve claro el nuevo elemento generador de la gran transformación arquitectónica que ya empezaba, no es menos palpable el carácter románico de las gruesas columnas que sostienen la techumbre. Y si considerásemos sólo la rústica manera con que sus macizos capiteles fueron tallados, casi habría motivo para darlas mayor antigüedad que la que realmente les corresponde. Cada uno de esos capiteles tiene decoración distinta, que consiste en piñas, ajedrezados y dientes de sierra, ofreciendo además la circunstancia de que, vistas las columnas de derecha á izquierda, mirando desde la antigua entrada, se advierte la mejora sucesiva de ejecución de los capiteles, de modo que el primero es el más tosco y el último el más fino.

Siempre se ha llamado á esta pieza *la caballero* del emperador D. Alfonso VII. Este es un error fundamental que ha destruído el primero el Marqués de Cerralbo, demostrando, por las condiciones de aquella sala, por su disposición con respecto al claustro y al plan general del monasterio y por el ejemplo de todos los demás de la Orden cisterciense, que no era otra cosa

que la sala capitular. En efecto, por nosotros mismos hemos comprobado la opinión del Sr. Marqués, puesto que en las casas cistercienses que conocemos, y precisamente en aquellas que mayor proximidad tuvieron con Huerta, como son Veruela, Monsalud de Córcoles, Ovila, etc., había siempre junto al claustro, y comunicando con él, una estancia dividida en dos naves á lo largo (menos en Veruela, donde son tres), con puertas nunca cerradas, y que era el lugar donde los monjes se reunían para sus capítulos.

Debió nacer dicho error de que en el siglo XVI se abrió en esta estancia una puerta que comunicase al exterior, y sobre ella se puso, con escudo real grabado en piedra, y la fecha repetida de 1142, la inscripción siguiente: *Alfonsus Hispaniarum Rex P. P. fundavit. A. 1142.*

En el muro de esta parte, y correspondiendo á los departamentos de encima de la sala capitular, se ven algunas ventanillas de medio punto, de carácter también románico, como todo aquel ángulo de la construcción. Bien entendidas exploraciones del Marqués de Cerralbo le han persuadido de que allí estaba el antiguo dormitorio.

rio de los monjes, que, conforme á la primitiva regla de la Orden, era común. Este dictamen de nuestro docto amigo nos parece muy aceptable.

## XI

Pero la joya arquitectónica del edificio, lo que quizá no tiene rival en su género, lo que por sí solo merece que se haga un viaje á Huerta, es el incomparable refectorio, que por su grandeza y disposición parece hermoso templo de una sola nave, á la que da ingreso un arco ojivo abocinado, con labor de molduras y dientes de sierra. Aquel salón inmenso tiene estas dimensiones: 36 metros de eje mayor y 9,95 metros de eje menor. Cuanto á su altura, que resulta mayor por estar cubierto el ámbito por gallarda techumbre abovedada, corresponde á aquellas dimensiones, verdaderamente extraordinarias con relación al destino de tan hermosa estancia. Muros y bóvedas son de bien cortadas piedras sillares. Los altos muros longitudinales presentan airoas series de góticas ventanas, y entre éstas, para

disimular la aridez de las superficies, hay altas y delgadas columnillas de piedra arenisca, cuyo fuste interrumpe un airoso anillo. Las columnas están pegadas á la pared, pero son libres. Estas circunstancias se ven especialmente en el muro lateral de la izquierda, porque en el opuesto interrumpe la serie de ventanas una preciosa escalera, embutida en la construcción, y cuyas bovedillas están apoyadas en nueve columnas de facetas y de sección octógona. La linda escalerilla conduce á un elegante púlpito, exornado con labores ojivales y algún detalle clásico. El muro del testero está abierto al aire y á la luz por cuatro ventanas góticas, y encima de ellas dos mayores del mismo estilo, y todo coronado por un magnífico rosetón, cuyas columnillas y lóbulos centrales revelan el gusto románico, mezcla en una misma parte del edificio de dos estilos, y prueba de la época en que fué labrado, los principios del siglo XIII, según creemos. Los ventanales tuvieron hermosas vidrieras pintadas, y cuentan que, pasando una vez allí Felipe II, se extrañó de que unos pobres monjes tuviesen para su refectorio vidrieras de tanto mérito y valor, por lo que, aun cuando hacía poco tiempo

que las habían traído de Flandes, las quitaron. Anécdota que el carácter de Felipe II y su amor á las artes declaran desde luego falsa.

Junto al refectorio, y quizá de la misma época, hay una grandiosa cocina, que hoy está cerrada al curioso, pero que merece ser vista. De otras muchas construcciones, que en parte formaban cuerpos aislados del monasterio, no es preciso hablar, porque, ó son modernas y carecen de interés artístico, ó están en poco ó en mucho arruinadas. Eran dormitorios, celdas, graneros, bodegas y otras dependencias necesarias á la vida de una Comunidad numerosa y rica, poseedora de propiedades territoriales y ganados. Sólo es digno de especial mención un segundo claustro, al que corresponde el gran cuerpo de edificio que forma escuadra con la fachada principal de la iglesia. Aquel claustro, de dos pisos, como el de caballeros, se acabó de construir en 1625; es de blanca piedra caliza, labrada con mucho esmero, y sus arcos y pilastras pertenecen al orden toscano, tan en boga en dicho tiempo.

Esto son Huerta y su monasterio, según

se nos alcanza, con sus recuerdos históricos y artísticas grandezas, que aún asoman entre tantas ruinas como premio de la piedad de otros siglos y anatema del presente. ¡Quiera Dios que aquellas memorias insignes sirvan para que los tiempos venideros vuelvan los ojos á la fe y al arte, que de consuno producen obras maravillosas y fecundas!









